

## ECOS

Sin duda, las tempranas canas de Alfredo inspiraban respeto. Si hasta le habían cedido el asiento en cierta oportunidad, a pesar de que apenas se adentraba en los cuarenta. Era una pena que el humo de su cigarrillo opacara el brillo de sus ojos claros.

Me acerqué a él, con el firme propósito de persuadirlo para que no fumara más.

— Piensa en tu hija — le dije.— Podría quedarse sin padre por culpa de tu torpe obstinación.

Claro, porque también para él, como para muchos adictos al tabaco, aquel no era un vicio, sino una costumbre que podría dejar cuando quisiera, si realmente se lo proponía. Quizá tuviese algo de razón; el problema es que ni siquiera lo intentaba.

Quince personas compartíamos aquella amplia oficina. Cada cual tenía su silla, su escritorio, y hasta su propio computador. Pero ninguno poseía una porción de aire privado para respirar. Así es que los reclamos eran frecuentes, pero algunos fumadores no se inmutaban. Ellos adoraban su humo, lo paladeaban con frenesí; no podían creer que al resto les disgustara.

— De algo hay que morirse — me respondió Alfredo. Frase lamentable, en la voz de un hombre que parecía inteligente. Como yo insistiera, terminó la conversación bastante molesto:

— ¡Yo soy dueño de actuar como desee!

No tardó Filomena en levantar su voz airada. Curiosa actitud, en una mujer que había sido fumadora empedernida. Con evidente molestia, Alfredo accedió al fin y apagó su cigarro. Pero no pasó mucho tiempo hasta que nuestro precioso aire volviese a enturbiarse con el halo azulado que provenía desde otro rincón laboral. Otra vez las protestas emergieron, y de nuevo la indolencia se resistió a bajar de su trono.

...

Alfredo se iba a casa, y al cruzar la calle protestó contra el vehículo que casi lo atropella. Seguramente el conductor no vio sus canas, en medio del aire contaminado de la gran ciudad. Se aprestó a tomar el microbús en una esquina, cuando atrajo su mirada el titular de un diario, que decía: *Los fumadores son cuatro veces más propensos a ser portadores del virus de la meningitis.*

Se quedó un instante pensativo; nunca antes se había enterado de una cosa así. La meningitis era, en esos momentos, la enfermedad de moda; ya que se

habían presentado varios casos en el país, con algunos niños muertos como resultado. Con frecuencia mostraban en la televisión un aviso de alerta, indicando los síntomas con los cuales se manifestaba dicho mal. Alfredo intentó recordarlos sin conseguirlo; aunque de seguro se revelaría con las manchas en la piel y la fiebre alta, que caracterizaban a todas las pestes infantiles. De pronto apareció el transporte que le servía, y se apresuró para alcanzarlo, dejando atrás las grandes letras del periódico.

Al llegar a casa, pudo ver de inmediato en el rostro de su esposa el retrato perfecto de la angustia en la noticia:

— ¡La niña está muy afiebrada!

Una revisión más detenida bastó para que Alfredo descubriera el síntoma que faltaba. Era tarde ya, y sólo quedaba recurrir a algún servicio de emergencia. Así es que llamaron un taxi, y con el tiempo mínimo necesario, se aprestaron a salir de la casa con la pequeña Natalia, muy arropada para afrontar aquella fría noche de invierno.

Durante el viaje hacia el centro de la ciudad, Alfredo abrazó a su esposa tratando de infundirle ánimo; y acarició las manos de su hija, que permanecía tan quieta como nunca antes, con sus pómulos enrojecidos por el calor. Mientras tanto pensaba en cuántos años de su futuro restaría él, con el fin de multiplicar los seis que ella apenas había vivido. Lucía, por su parte, sollozaba, sin poder evitar que se viniera a su mente la idea de la implacable meningitis y sus efectos: si no era la muerte, podrían ser daños neurológicos irreparables. Los médicos hablaban de tales o cuales tipos de patologías, que ella no entendía bien; sólo deseaba no haber reaccionado demasiado tarde.

Al llegar al servicio médico, hicieron pasar a Lucía con su hija hacia una sala interior, donde la niña sería examinada. Alfredo debió quedarse afuera, esperando el diagnóstico que le entregase la verdad. Nervioso, se paseaba de un lado a otro, y por momentos la situación le trajo el recuerdo del día en que Natalia llegó al mundo, otorgando un nuevo matiz de ternura a su existencia.

Abrumado por la tardanza, decidió salir afuera por un rato, para fumar un cigarrillo. La oscuridad reinaba a esa hora de la noche, y él escogió un lugar algo oculto, para que nadie le recriminase su conducta. Abstraído como estaba en sus reflexiones, su cuerpo se sacudió acusando el sobresalto cuando una mano se posó sobre su hombro. Apenas se dio vuelta, pudo ver a tres hombres de blanco. Uno de ellos ordenó:

— ¡Debemos irnos!

Alfredo se dispuso a seguirlos, pensando que eran funcionarios del hospital; pero asombrado, al ver que se dirigían hacia un lugar desconocido, preguntó:

— ¿Adónde vamos?

Hacia ti mismo, respondieron al unísono; y de inmediato perdió la noción de

lo que ocurría.

...

Cuando Alfredo volvió en sí, la oscuridad se mantuvo a su alrededor. A pesar de su impedimento visual, pudo darse cuenta de que bajaban en algún tipo de ascensor. Estaba algo dolorido, y cuando quiso quitar la venda que cubría sus ojos, descubrió que sus manos estaban atadas en su espalda. Al cabo de unos minutos, se escuchó el ruido de puertas que se abrían, a la vez que un olor nauseabundo inundaba el aire. Una mano le empujó hacia adelante, y Alfredo apenas evitó caer, ya que al dar unos pasos percibió las cadenas que pesaban en sus tobillos.

— ¿Dónde estamos? — preguntó asustado.— ¿Por qué me han traído hasta aquí?

— Tú debieras saberlo — respondió una voz.

Alfredo imaginó que se trataba de aquellos personajes que le habían salido al encuentro en el hospital, y su voz temblorosa quiso encontrar una explicación:

— ¿De qué hablan? ... ¿Quiénes son ustedes?

— Somos los *ecos* de tu conciencia — respondió una segunda voz.

— ¡Tu nos has creado! — exclamó una tercera.

— Pero si no los había escuchado nunca — prosiguió Alfredo, sin comprender las respuestas que le daban.

— ¡Claro! Porque nunca has querido oírnos. Todo lo que te ocurre es producto de tu conducta. Nosotros, hasta ahora, te hemos acompañado en silencio, porque tú nos has impedido hablar. Si hubiéramos podido hacerlo en el momento adecuado, hoy no estaríamos aquí. Pero debido a tu obstinación, debimos esperar hasta que se produjera en ti un instante de reflexión.

— ¿Qué harán conmigo ahora?

— No haremos nada. Como todos los seres del universo, tenemos un objetivo para existir, y el nuestro no es otro que el de replicar tus palabras; cuando lo hayamos hecho, no nos verás nunca más.

— ¿Qué palabras?

— Sólo podremos pronunciarlas en una ocasión propicia; no depende de nosotros.

— Pero al menos quiten la venda de mis ojos, las ataduras de mis manos y las cadenas de mis pies.

Una de las voces se escuchó entonces, en un tono diferente, casi triunfal:

- *Podría hacerlo en cualquier momento, si me lo propusiera.*

Luego un zumbido, como el provocado por un remolino de viento, se escuchó; embotando los oídos de Alfredo. Entonces la venda cayó de sus ojos;

aunque, debido a la oscuridad de su entorno, apenas pudo distinguir a sus dos acompañantes.

— ¿Qué ha ocurrido? — preguntó asustado.

— Uno de nosotros se ha ido.

— Pero aún tengo amarras en mis manos y en mis pies. ¿No dijo él que podía liberarme?

— Mi compañero no hizo más que repetir la misma frase que tantas veces surgió desde tu boca. Ese era su fin, y no podía ir contra él.

Alfredo comenzó a comprender a qué se referían aquellos hombres, que se hacían llamar Ecos.

— ¿Cómo podré salir de aquí? ¿Conocen ustedes la salida?

— Deberías conocerla, ya que estás en el interior de tus pulmones.

— ¿Mis pulmones?

— Exactamente. Justo en el centro de la podredumbre que te ha provocado la nicotina.

Alfredo trataba de enhebrar el hilo de sus ideas, pero sólo conseguía en parte su objetivo. Un dolor creciente se apoderó de su cabeza. Viéndose a merced de sus secuestradores, suplicó:

— ¡Sáquenme de aquí! Les daré el dinero que me pidan.

Ellos se miraron y rieron de buena gana. Luego uno dijo:

— ¿Cómo cuánto estás dispuesto a pagar? ¿Quizá tanto como te has gastado durante veinte años en tu vicio? Te aseguro que no es poco: son varios millones.

— El problema es que a nosotros no nos sirven para nada. Si los hubieses ahorrado durante todo este tiempo, hoy estarías libre para disfrutar de esa fortuna — añadió el otro, con sarcasmo.

Alfredo no podía convencerse de que todo aquello estuviese ocurriendo realmente. Aún tenía la esperanza de conmover a aquellos hombres que parecían complacerse en su tortura. Fue entonces cuando escuchó una voz lejana que clamaba:

— ¡Papá!

— ¿Qué es esa voz? — preguntó, temiendo escuchar una respuesta que confirmara su amargo presentimiento.

— ¡Es tu hija! — respondió uno de los Ecos, sin evidenciar piedad alguna.

— ¡Malditos! — exclamó, desesperado.— Acaso también la tienen encerrada. ¿Cómo pueden ser tan crueles? ¡Sólo tiene seis años!

— Ella sólo te busca y trata de salvarte. Nosotros no la hemos tocado; no tenemos motivo para hacerlo. Ahora mismo se encuentra en la entrada de este laberinto, y nada la detendrá hasta que te encuentre o ...

— ¿O qué? — interrumpió Alfredo, exasperado.

— O genere sus propios Ecos, que actuarán en su momento.

Sin poder controlarse, Alfredo arremetió contra uno de ellos pero, estorbado por sus cadenas y sin poder abrir sus brazos, no pudo conservar el equilibrio y cayó de bruces en el suelo nauseabundo. Allí abajo, el olor era tan fuerte, que el vómito emergió de su garganta como un caudal irrefrenable de impurezas. Tras reponerse, giró hacia un costado como pudo. Entonces vio como uno de los Ecos se inclinaba hacia él para observarle desde cerca, sin la menor intención de ayudarlo, sino más bien con una mueca de impaciencia.

— ¿Cómo puedes actuar así? — le interrogó, con la voz ahogada y la mirada turbia.

— *¡Yo soy dueño de actuar como desee!* — respondió feliz el Eco, y desapareció en medio de un ruidoso torbellino.

Al instante las manos de Alfredo quedaron libres. Entonces pudo levantarse, para preguntar al Eco que aún permanecía junto a él:

— ¿Por qué ruta puedo llegar hasta donde está mi hija?

— No estoy en condiciones de responderte.

Esa fue la última frase que Alfredo quiso escuchar. Completamente resignado, aceptó al fin el hecho de que no obtendría ningún socorro de parte de aquel Eco miserable.

— ¡Papá! — se volvió a escuchar la voz de su hija, un poco más nítida que la vez anterior.

Alfredo comprendió que debía actuar pronto, para evitar que la pequeña Natalia se extraviase en medio de esa caverna maloliente. Su dilema era que si la llamaba, podría contribuir a su pérdida más que a su encuentro; pero de otro modo jamás podría emprender el camino correcto.

— ¡Papá! — volvió a sonar la voz en la distancia.

Esta vez Alfredo intentó un contacto, esforzándose para elevar su temblorosa voz:

— ¡Quédate dónde estás hija, y sigue gritando para que pueda ubicarte!

— ¡Papito! — se repitió el llamado.

Esta vez Alfredo creyó notar que Natalia sollozaba y, sin dudar más, emprendió el camino hacia su encuentro; arrastrando con esfuerzo sus cadenas, cada una de las cuales pesaba varios kilos y medía unos dos metros. La ruta era empinada, y cada cincuenta pasos debía detenerse a descansar. Sin embargo, al escuchar como el llamado de su hija estaba cada vez más próximo, sacaba fuerzas de flaquezas y retomaba su camino.

Tiempo más tarde, la penumbra comenzó a disiparse, y Alfredo tuvo la clara esperanza de que estaba cerca de su objetivo. Inmensa fue su decepción, poco más allá, al encontrarse con un muro infranqueable, que se alzaba casi en ángulo recto sobre el piso. Abrumado, cayó de rodillas mientras un llanto de impotencia le invadía. Pero fue entonces cuando nuevamente escuchó la voz de su hija, que sonó

más clara que nunca. Levantó entonces su mirada y pudo ver, con sus ojos entrecerrados, como un torrente de luz se desprendía desde el muro allá en lo alto, y comprendió que Natalia debía encontrarse casi a las puertas del laberinto, unos treinta metros más arriba. Tal vez si ella daba unos pasos más, podría caer hacia el vacío; con gran probabilidad de terminar sin vida.

Observó con detención el muro que tenía al frente: aunque era bastante abrupto, tenía suficientes agujeros y desniveles que le hubieran permitido subir en condiciones normales. En vano lo intentó un par de veces; las cadenas que colgaban de sus tobillos estorbaban demasiado. Cuando ya se daba por vencido, recordó al Eco que aún no le abandonaba. Dio media vuelta y le vio allí, bostezando de aburrimiento. Si todo volvía a funcionar como había ocurrido con los otros, podría deshacerse de sus cadenas si lograba que aquel engendro de su conciencia pronunciara las palabras adecuadas. Trató de discurrir algo; pero, en medio de su desesperación, sólo se le ocurrían insultos:

— ¡Estúpido! ¡Insensato! ¡Irresponsable!

— Buen intento — le respondió el Eco, saliendo de su modorra.— Pero no recuerdo que tus amigos te trataran tan mal al verte fumando, aunque bien te lo merecieras.

Alfredo temblaba, con su cabeza ardiente y dolorida. Podría estar horas ensayando frases, sin lograr su propósito. Al escuchar la voz de su hija una vez más, miró hacia lo alto, y pudo ver su sombra proyectada en el muro opuesto al origen del rayo fulgurante. Se arrodilló entonces y, con voz apenas audible, suplicó al Eco que le miraba, impasible:

— ¡Por piedad! ¡No permitas que mi niña muera!

— *¡De algo hay que morir!* — exclamó el Eco, envolviéndose en un torbellino que le llevó hacia alguna región desconocida, igual que a los anteriores.

Alfredo sintió que renacían sus esperanzas y sus fuerzas, al no ver ya las cadenas atadas a sus pies. Con gran ímpetu emprendió el ascenso final que le guiaría hacia la libertad de su conciencia y el cariño de su hija. A cada metro que subía, su pecho se apretaba un tanto más; entonces prometía una y otra vez que ya no volvería a fumar, si Dios le permitía salvar a su pequeña. Hasta que al fin pudo asomar su cabeza sobre la superficie y, cegado por la luz que le acogía, gritó a la pequeña silueta que se inclinó hacia él, entre sollozos:

— ¡Quédate donde estás, hija querida, que ya estaremos juntos otra vez!

...

— ¡Papito! ¡Papito! — vibró en el aire, una vez más, la voz de Natalia; con una mezcla de alegría y emoción.

Lucía la puso junto al pecho de Alfredo, que aún se esforzaba para

acostumbrarse a la luz del día, luego de pasar tanto tiempo en la oscuridad. Poco después, se acomodó sobre el lecho blanco, y pudo abrazar a las dos mujeres de su vida, como si fuera la última vez. Un médico y dos enfermeras sonrieron enternecidos al ver la escena.

— ¡Bienvenido! — le dijo el galeno, en un tono de broma. — ¿Cómo se siente tras este viaje de doce horas? Nos tenía bastante preocupados.

— ¡Bien! ... ¡Muy bien, gracias! — respondió Alfredo.

— La niña sólo tiene varicela — dijo Lucía, una vez que pudo reponerse de su impresión.— En dos semanas estará bien. Ya no podía estar sin su querido papá.

Alfredo acarició a Natalia una vez más, musitando cien palabras de ternura en su oído. Luego hizo una seña a su esposa para que le pasara la chaqueta que se encontraba sobre una silla, en un rincón de la pieza. La tomó, hurgó en sus bolsillos y, ante el asombro de todos, pidió a su hija:

— Amorcito, por favor, bota esta cajetilla de cigarros dentro de aquel papelero.